



EL PREMIO DE ROSALÍA,

por
J. H. ROSNY (hijo)

No besan a sus niños

Carlos Ribobert había heredado de sus ascendientes un comercio de pizarras y cueros, con más de medio siglo de existencia. Por diversas razones—la mayor parte de los beneficios normales se los habían llevado operaciones aleatorias,—ni el padre ni el abuelo de Carlos hicieron fortuna.

Carlos se prometió no dedicarse a ninguna otra especulación mientras que el negocio de cueros y pieles no le asegurase el "confort" y le permitiese reunir una fortuna.

Sin embargo, se presentó una circunstancia en que creyó que podría ganar una gran cantidad. Juguó a la baja, y, animado por la suerte, comprometió grandes cantidades.

Si Carlos hubiera liquidado en el momento preciso, cuando se acentuó la baja de los cueros, hubiera podido depositar un buen capital en el Banco. Pero la baja seguía pareciendo tan normal, llegaban tales noticias acerca de la extraordinaria abundancia de "stocks", que creyó llegada la hora de aspirar a la fortuna que sus ascendientes habían perseguido inútilmente.

Lejos, pues, de liquidar, continuó sus operaciones, y la suerte le siguió sonriendo en forma de una nueva baja.

—Ya, en cuanto llegue fin de mes —se dijo— dejaré de jugar.

El fin de mes se aproximaba. Carlos iba a dar las órdenes oportunas, cuando el día 29 dieron un salto formidable los valores... Al mismo tiempo circularon noticias que llevaron el pánico a todos los corazones... Los fuertes jugadores a la baja se pusieron a comprar con frenesí... Carlos, espantado al ver en riesgo todos sus beneficios, se decía:

—No es posible... La situación de los "stocks" no permite semejante alza.

No se atrevió a dar ninguna orden... La liquidación de fin de mes fué desastrosa.

El negociante no pudo resignarse a una pérdida tan considerable, y persistió en jugar a la baja. Todo empeoró.

Llegó a encontrarse en situación tan comprometida, que una tarde llegó a marsearse los cabellos con desesperación. Le hacían falta ciento cincuenta mil francos, y si no los encontraba estaba en bancarrota.

¡La bancarrota! Siempre es esto un desastre; pero cuando se ha especulado con frenesí, cuando se ha arriesgado locamente el dinero propio y el ajeno, la bancarrota es fraudulenta. ¡Se está arruinado y deshonrado!

Por eso se injuriaba furiosamente, mientras golpeaba la caja de caudales.

—¡Idiota! ¡Cretino!... Y, no obstante, habías tenido el ejemplo de tus ascendientes. Todavía supieron ellos detenerse en la pendiente...

Mientras monologaba había sacado fajos de notas de bancos y algunos valores, entre éstos tres o cuatro obligaciones de la Villa de París... Estas no le pertenecían. Eran propiedad legítima de la vieja criada Rosalía, que ya estuvo al servicio de los padres de Carlos.

—¡Calle! —dijo mientras desplegaba una obligación.— ¡No fué ayer el sorteo!

Carlos miró "Le Petit Journal", y allí vió la lista de números a que había correspondido la suerte, e inclinándose de si mismo los cotejó con los de las obligaciones de Rosalía... Súbitamente, palideció... También su mano... No había duda: Rosalía ga-

naba el importante lote de doscientos mil francos.

Tenía la obligación en su mano, y pensaba con sentimiento que no le pertenecía... Se disponía a dar la buena noticia a Rosalía... Pero apenas dió tres pasos, el mal pensamiento se le presentó descarnado, imperioso. Susurró:

—Ella no sabe nada... nunca ha mirado... no conoce sus números... Además, ¿qué perderá ella? Restablecidos mis asuntos, le reembolsaré su dinero. Y entre tanto, ella no necesita nada.

A la mañana siguiente obtuvo Carlos en la banca un anticipo sobre la obligación premiada. Y, para decirlo de una vez, si su conciencia se perdía, su casa quedó salvada... Se libró de la bancarrota fraudulenta, y, simultáneamente, los cueros volvieron a bajar con una rapidez vertiginosa.

Cuando realizó ganaba más de seiscientos mil francos.

Procuró recuperar la obligación, que no era reembolsable hasta fin de

Con el consiguiente sufrimiento por su parte, usted observará que a sus niños nadie los besa. Ellos presentan en el rostro, brazos y demás partes del cuerpo, granitos, barrillos y otras erupciones de la piel, síntomas inconfundibles de impureza en la sangre, producidas por desarreglos en el aparato digestivo. Evítelos empleando el eficaz remedio azufre termado, de insuperable bondad y muy agradable de tomar. El éxito de esta sencilla medicación es seguro, si se toma el legítimo azufre termado en venta en todas las farmacias.

mes, y volvió a su casa contento y feliz... Desde la tarde en que hizo el descubrimiento fatídico no osaba mirar de frente a su sirvienta.

Depositó la obligación en la caja de caudales, después se sentó a la mesa, y, por primera vez, se sintió tranquilo ante lo por venir.

Mientras que Rosalía depositaba la sopera sobre la mesa, la contemplaba, plácida, los ojos todavía vivos, y se dijo estremecido:

—¡Si ella hubiera sabido!

Después le dijo:

—Rosalía, tengo una gran noticia que darte...

Rosalía movió la cabeza, indiferente.

—Es algo que te conviene. Y es necesario que yo me disculpe... ¡He estado tan ocupado estos días! En fin: es algo que te alegrará y que tú no adivinarás nunca...

—¡Oh, en cuanto a eso, bien puele ser que yo adivine! —dijo ella.

Y como él levantó la cabeza extrañado, ella sonrió, enigmática:

—Eso debe de referirse al gran premio que me ha correspondido!

Tembló Carlos, estremecido hasta los huesos. Ella, tranquila, fijaba en él sus ojos claros, y él advirtió pronto que aquél ser, sencillo, pero instintivo, perspicaz, como lo son frecuentemente los viejos servidores, lo había comprendido todo. Entonces pensó que no estaba ya frente a la humilde Rosalía.

Ella continuó sonriendo, intríngüe y enigmática, y agregó con dulzura:

—El señor me dirá qué es necesario hacer... o, mejor, el señor colocará eso como quiera... Yo no entiendo nada de eso.

Grandeza de los pueblos

(Traducción de B. Corrales)

No hay pueblo pequeño. La grandeza de un pueblo no se mide por el número, así como el valor de un hombre no se mide por la estatura. La única medida es la cantidad de inteligencia, la cantidad de virtud. El que da grande ejemplo, es grande. Las pequeñas naciones serán grandes el día en que, al lado de los pueblos fuertes en número y vastos en territorio, que se obstinan en los fanatismos, en el odio, en la guerra, en la esclavitud y la muerte, practiquen sinceramente, honradamente, la fraternidad; renuncien al cable, supriman el cadalso, glorifiquen el progreso y soñen serenos como el cielo. Nada de palabras vanas. No basta ser la república, es preciso ser la libertad; no basta ser la democracia, es preciso ser la humanidad.

Víctor HUGO.

EN CABEZA AJENA

Nunca se ama como se es amado: por eso, el arte de ser feliz en amor, consiste en darlo todo sin pedir nada. Es la admirable frase de Flaubert a Guillermo, en Goethe: "Si te amo, ya ti, qué te importa?" — PAUL BOURGET.

Para ser amado de las mujeres, conviene hacerles creer que no se las conoce; pues ellas no se persuaden de que un hombre pueda conocerlas y amarlas al mismo tiempo. — CHAMFORT.

Querer instituir el matrimonio sin el amor, sería introducir en él

la desesperación: pero poner en él el amor sin el deber equivaldría a establecer en él el deshonor y el libertinaje. — LEGOUEVÉ.

La obediencia pasiva no es posible sino a condición de la estupidez. — ERNESTO RENÁN.

Las mujeres se ríen de todo lo que nos las hace llorar. — BENAVENTE.

El mundo vive de la mentira del autor, obstinado en contradecir la verdad de la muerte. — BENAVENTE.

